

## Reseña dual

Dos libros muy distintos sobre un mismo personaje: GAITÁN

**Mataron a GAITÁN**, de Herbert BRAUN; Aguilar, Bogotá, Febrero de 2008.  
460 páginas (Tercera Edición)

**GAITÁN: Autobiografía de un pueblo**, Alberto Zalamea, Zalamea Fajardo Editores, Bogotá, 1999. 472 páginas.

Se trata de dos libros muy disímiles sobre un mismo personaje histórico. El primero, de un historiador de oficio, bien entrenado, con todos los recursos y la disposición del **scholar** que elabora su tesis doctoral, bien consciente de que la principal cualidad por la que lo juzgarán sus profesores, y evaluadores en primera instancia, es la originalidad, y que luego, ya en trance de publicar emplea a fondo ciertos secretos de taller, refina la escritura, “construye” su lector ideal. El investigador en trance de disertación doctoral ha de exprimirse el magín, elaborar y refinar, una y otra vez, el “**state of art**” del problema elegido, hasta encontrar su abordaje propio, el intersticio que pueda hallar en la sabiduría convencional, intersticio que se proponga y consiga colmar. El segundo, es de un literato, periodista y publicista, divulgador cultural por antonomasia, cuyo padre fue protagonista del período, y amigo muy cercano del biografiado, y quien cuenta con una relación muy cercana con la hija del tribuno, y, teniendo acceso a información privilegiada, se propone así mismo una relectura de la figura del líder, para la cual considera, es de suponer, que ninguna de las semblanzas previas ha hecho justicia del todo; o ninguna en todo caso, ha contado con el género de evidencias que se propone aportar, y, eventualmente, contextualizar. Hay motivaciones filiales sin duda en este caso, que tal vez sea lo que conduzca a que el autor opte por algo que se asemeja a la biografía novelada (podría pensarse incluso que un modelo remoto es Zweig) con la cual pueda sacar el máximo provecho a ese material íntimo, a la confidencia y a las descripciones de primera mano del entorno hogareño, así como a la correspondencia amorosa.

En cuanto a formato editorial, actualizaciones y aparato crítico la del libro de Braun es una excelente edición, pero duele comprobar que el libro que había sido editado

por la Universidad Nacional en su primera edición en 1985, y agotado pronto, las siguientes ediciones hayan estado a cargo de editoriales privadas. Hay que anotar que las sucesivas ediciones han sido eso: cada una implicó revisión y actualización del texto, y por lo menos un epílogo o un prólogo nuevo, a cargo del autor. En el prólogo a la edición que reseñamos, la más reciente, el autor define y subraya uno de sus propósitos más difíciles: **entender** a la multitud, a la masa anónima que actuó destruyendo y quemando, sin dirección, sin un propósito aparente. No se propone abordar las cuestiones de la responsabilidad del asesinato, ni defender, ni mucho menos celebrar, a esa multitud. Aún así, su propósito es ambicioso, a la luz de las posibilidades, del tiempo transcurrido y del tipo de evidencias en que se pudo basar. Para dar un contenido al vocablo pueblo, o a la masa, debe ser a la vez puntual e imaginativo. Puntual para recabar los datos existentes (los que ya ha compilado la historiografía y los que recauda por su cuenta) y contextualizarlos, e imaginativo para explorar los motivos, los alcances, recomponer tanto la trama como el escenario, elucubrar acerca de las tendencias de la voluntad colectiva, del ánimo popular y sus oscilaciones, a lo largo de los años del relato, sin incurrir en especulaciones hueras. Braun se documenta con cuidado, interpreta, atribuye un sentido, y guiado por las orientaciones de una obra fundamental sobre el asunto, la de Canetti, construye su narrativa. Zalamea no problematiza de entrada, considera al pueblo el sujeto tácito, da por sentada su acción unánime y concertada; su galvanización en torno al tribuno es uno de los supuestos que asume, esa fusión líder-pueblo, sin fisura alguna, es la que le da sentido al propio título de la obra, en su caso. Si las diferencias de tratamiento son protuberantes, un propósito común es insoslayable: hacer justicia al personaje, restaurar su dimensión, restablecer cierta significación extraviada por los excesos de la desmitificación, o por la fatiga que produce la veneración acrítica en que se empeñó la hija del tribuno cuando estuvo al frente del Centro creado para mantener su memoria.

Para comenzar, sea que se lo proponga o no, Braun, lo reconcilia a uno con Gaitán. Después de haber leído a toda una generación de investigadores que lo ponían entre paréntesis, que entresacaban pasajes de su oratoria, para fundamentar su caracterización como líder populista, sin más, y extrapolaban algunas de sus ideas dando por sentado que la historiografía ya había hecho todo lo suyo; el propósito de indagar a fondo, de nuevo, los antecedentes inmediatos de la funesta tarde del Viernes 9, los hechos de esa jornada, y los subsiguientes, y sobre todo de reinterpretarlos se muestra aquí del todo válido. Pone en perspectiva adecuada aquellas ideas “eugenésicas” que hoy podrían parecernos del todo desatinadas (y que estuvieron en boga, y a las que casi todos los dirigentes de la primera mitad del siglo XX hicieron caso) su obsesión por la limpieza, y por la higienización a toda costa de “*una masa enferma, viciosa y desocupada*” (p.143) sus extrapolaciones de cifras y las exageradas afirmaciones acerca de la sífilis y las enfermedades venéreas que afectaban al pueblo, y en qué proporción. Aun

cuando haya contado con buenos biógrafos, el primero, cronológicamente hablando, Osorio Lizarazo, la de Sharpless (Gaitán of Colombia: A political biography 1978) que era canónica hasta ahora, en el conjunto de las narrativas históricas sobre el período, más que de la apología o de la veneración acrítica, el personaje parece haber sufrido más bien los excesos de la desmitificación. Se encuentra uno aquí en cambio con una simpatía desembozada y desbordante hacia el líder popular. Y con un propósito evidente de reivindicarlo. Y no es que Braun aporte evidencias excepcionalmente nuevas o datos desconocidos, la gran mayoría de los referentes empíricos son conocidos, y comenzaron a ser compilados poco después de la fecha aciaga, lo que aquí hubiese de nuevo en cuanto a evidencias son un conjunto significativo de entrevistas a supervivientes (68) ; pero lo auténticamente nuevo y en un sentido muy radical, es precisamente la interpretación, la atribución de sentido, los autores y teorías en los que se apoya para dar una significación inédita a todo el acervo documental acumulado, a todo lo que previamente cronistas e historiógrafos habían venido compilando.

La identificación con el pueblo, una idea elemental y profunda a la vez, remachada por el propio Gaitán en más de una consigna, y pieza central de su oratoria, “*Yo no soy un hombre, soy un pueblo*”, a simple vista tan simple de entender, una ecuación sencilla, y que como identificación, como ecuación histórica es central en la biografía escrita por Alberto Zalamea, la identificación, decimos, parece obvia, por tanto. Pero una adecuada definición de pueblo, acorde con la época, y la rapidez de los cambios que ocurrían es el meollo del asunto, y es mucho menos simple de lo que parece. El pueblo, ese pueblo al que todos los políticos halagan y dicen interpretar en sus discursos, ese pueblo en su enunciación genérica, y pese al acento que se ponga en su carácter unívoco como sujeto colectivo, es en verdad para la época un magma en formación. Y su conducta colectiva, inestable, voluble al máximo, es, pues, masa en su amorfismo. Y, como veremos, para el caso, la reflexión de Canetti, en Masa y poder es uno de las deudas que va contrayendo Braun. Y una deuda que le aporta dividendos explicativos, como se tratará de ver. Y la otra es Sennett, el sociólogo y psicólogo social (The fall of public man 1974) para aquello de la paulatina disgregación de lo público y lo privado, otro de sus referentes teóricos claves, reconocible, además de los pies de página, por otros tantos dividendos. De todos los políticos de su generación Gaitán parecía ser el único consciente de la creciente disociación entre esas dos esferas, lo público y lo privado, y el único que en consecuencia parecía tener la fórmula para superar los efectos de dicha disociación en el ejercicio de la ciudadanía. A este respecto la argumentación de Braun es convincente.

Se adentra Braun en los inicios de la carrera política de su biografiado, y del debate acerca de la masacre de las bananeras, tan referido por la crónica histórica y periodística, logra extraer nuevas vetas para el análisis, lee las distintas piezas del debate a una nueva luz: encuentra que

hay coherencia y consecuencia a la vez en el modo argumentativo de Gaitán, y que ya entonces su apelación al pueblo es coherente y consecuente a la vez, y que de su parte tomar esos hechos para el debate no es tan solo un recurso oratorio, algo incidental, sino que obedece a una idea del largo plazo, a la búsqueda de una audiencia propia. Fue, pues, una postura genuina, y de mucho alcance, y una elección acertada y del todo intencional. Con mira al largo plazo, como se comprobará de modo paulatino. Y Braun, sensible al punto, dibuja de una manera nítida la sutil exclusión que se le va aplicando al “Negro Gaitán”, todo el trasunto de hipocresía social que contiene de parte de quienes controlan y dominan. La actitud sibilina de los directores y de los principales columnistas de El Tiempo tan característica, y que otros testigos y protagonistas independientes, de diversos períodos, coinciden en señalar, resulta patente. El periódico, cuyo éxito consistió en darle primacía a la información sobre los contenidos editoriales, respecto de Gaitán y del ascendiente que va teniendo sobre las masas urbanas de ambos partidos, decide callar, asordinar los hechos, o minimizarlos. Y ese sentido de exclusión, ése trato melifluo pero excluyente, es la esencia de la actitud que a su respecto prima en los clubes sociales bogotanos, podría decirse que es eso lo que les ha dado sentido, siempre: excluir, ser patente de distinción a quienes pertenecen. (Gaitán fracasa dos veces en su intento de ingresar al Jockey Club) Aun cuando a nuestro juicio Braun pondera con exceso dichos episodios, de valor apenas anecdótico, al cabo. Otros protagonistas, y otros cronistas (López Michelsen- tanto en su novela Los Elegidos, como en su rememoración de su padre, Ignacio Gómez Dávila, en Viernes 9, novela aparecida en 1953) consideran en cambio que ya antes del 9 de Abril los clubes sociales bogotanos habían dejado de ser lo que eran. La pertenencia a ellos había dejado de ser ya el indicador de la integración social a la clase dominante y dirigente. Del breve paso de Gaitán por la Alcaldía de Bogotá, Braun, exalta todos los ímpetus transformadores así por problemas de tiempo, pocos de ellos hayan dado lugar a transformaciones reales. Se empeña también- con menos éxito- en una defensa de algunas de las medidas que fueron impopulares en su momento, y que le valieron a Gaitán su salida de la Alcaldía.

Zalamea exalta, elogia siempre a su biografiado, traza una parábola del todo ascendente, como trayectoria del personaje. Subraya eso sí un aspecto olvidado o atenuado por los anteriores historiadores: las marcadas diferencias con López Pumarejo, la contraposición de estilos, las diferencias de extracción social, de clase y todo lo que determinan, todo lo que llegan a significar. Su personaje es alguien que “ha llegado”, que asciende por sus méritos y su esfuerzo, y a quien han tratado de excluir a toda costa, y contra quien persisten evidentes prejuicios clasistas, no sólo, ni principalmente en los clubes. Al respecto bastaría echar una ojeada a las notas editoriales de la recién fundada Revista Semana tanto las que escribía Alberto Lleras su fundador, como las que escribía Juan Lozano y Lozano, quien lo sucediera. La Revista, fundada en 1946, implica en verdad un nuevo estilo, ágil, juguetón, de crónica urbana mediante

rápidas pinceladas, y de tono de coctel, para la información política. Los grandes asuntos de la política se tratan con una frivolidad deliberada, a contrapelo de la solemnidad que caracterizaba al resto de la prensa escrita. Y en esos primeros números, las pullas estilísticas a Gaitán, menudean. No hay número que no contenga una alusión sutilmente desdeñosa a su estilo, a su modo de vestir. El trato que recibe siempre es el de un advenedizo, un *parvenu*. Pero extraer demasiadas conclusiones aquí es difícil. Y por cierto tal vez no sea Zalamea quien lo pueda hacer. La reconstrucción histórica en la que se empeña es desordenada; si abandona la pura cronología no hay, a cambio, un criterio que se pueda discernir. Saltos abruptos, que en más de un pasaje dan la impresión de descuido. Mientras transcribe documentos de la masonería, y los textos de diversas adhesiones que va recibiendo Gaitán, a medida que se perfila como candidato, ya bien entrados los años 40, nos encontramos de pronto con su partida de matrimonio (p.328). A propósito de documentación sobre lo más íntimo y personal, Zalamea nos trae una amplia selección de la correspondencia de Gaitán con su mujer. El inicio del romance, los años de noviazgo, los reclamos de los amantes cuando hay despecho, y, en fin, algunas de las vicisitudes de la vida conyugal. No fueron Abelardo y Eloísa, pero de ambas partes las cartas están muy bien escritas, son sobrias en la efusión romántica. Se dejan leer con interés. En verdad, en cualquier época, pocos hombres públicos saldrían indemnes de la publicación de sus cartas de amor (Hay un vitriólico artículo de Umberto Eco, “*Cómo precaverse de las viudas*” que vendría muy al caso) pero por ahora tanto Gaitán como Amparo su mujer salen muy bien librados. Y se trata de documentos que salen a la luz seis décadas después de escritos. Las setenta y tres páginas en las que se transcribe ese epistolario (sin que se sepa el criterio de la escogencia, eso sí) están muy bien empleadas, se leen con interés y ya vendrán análisis y caracterologías. Pero era indispensable conocerlas, y hasta ahora se transcriben; la piedad filial las habrá escogido, sin duda, sin un orden o secuencia que el lector pueda advertir, y eso es una limitación e impone una perspectiva- o más bien la recorta- pero no resta valor a la documentación como tal.

Llegado a ese punto, sin que pueda decirse que la reconstrucción histórica sea secuencial, atendida de modo estricto a la cronología (como la naturaleza, el historiador procede a saltos....y ese es el caso de ambos reseñados) al narrar las decisiones que van conduciendo, paso a paso, a Gaitán hacia su candidatura presidencial de 1944, del modo más directo Braun (p.165) se refiere a las “***animosidades tradicionales entre los dirigentes tradicionales de los dos partidos***”, animosidades de las que Gaitán sacó el máximo provecho. ¿Qué se pudo haber hecho entonces en esa coyuntura el convivialismo? El convivialismo que es una de las categorías centrales de Braun, de cuyo uso puede con todo derecho considerarse pionero y que otros historiadores e historiadores tomarán de él (Mary Roldán, por ejemplo, en su libro sobre la violencia en Antioquia) En mi opinión el término viene resultando algo forzado. Ya de por sí, como neologismo, implica

una cierta torsión semántica: ¿Por qué para lo que se quiere significar no se emplearon los vocablos castizos convivencia o connivencia? ¿Traducir literalmente la expresión inglesa es ineludible? ¿Fue iniciativa del traductor al español? Opino que es dudoso. Y que al traducírsela así se añade una connotación festiva, jocosa, de convite, francachela y comilona, frívola al cabo y que poco viene al caso.

Pero Braun tiene un mérito especial, en cuanto a Gaitán mismo, por primera vez, hay por parte de un investigador, una atención especial dedicada a su cuerpo, a su físico en detalle, siguiendo los enfoques más recientes, y con suficientes elementos antropológicos y de interpretación psicoanalítica. Y muy junto a eso, se reconoce y se pondera el empleo de la violencia por parte de los gaitanistas, en principio para romper el muro del silencio que El Tiempo en especial, pero también los otros periódicos, se empeñaban en construir. Romper los ventanales de ese periódico se vuelve un rito al final de los “Viernes culturales”, un modo de decir: “Aquí estamos, no nos sigan desconociendo”. El “miedo al pueblo”, o a “las masas” al que se refieren otros investigadores (Daniel Pécaut, tratando de la hostilidad hacia las organizaciones sindicales y hacia el sindicalismo en general en toda esta etapa) está aquí muy bien caracterizado, muy bien reconstruido a decir verdad. Y el propio Braun vuelve a ello, hablando de su querida Bogotá en una obra bien distinta: su libro sobre el secuestro, en el que evoca *“la aversión generalizada hacia los pobres, que para mí era la esencia pura de Bogotá”* ( El rescate- Diario de una negociación con la guerrilla Norma, Bogotá, 1998, p.125)

Y la conversión de esa masa, amorfa como tal, en pueblo, en un conjunto de actores conscientes de la historia, si le creemos a Braun parece ser sobre todo obra del tipo de oratoria de Gaitán, de la forma en que se compenetró con sus sentimientos colectivos e interpretó a sus seguidores. Es consciente Braun de lo problemático de sacar esas conclusiones a partir de la relectura de testimonios de esa época, de la audición de los discursos que quedaron grabados, y de testimonios puramente individuales, incluyendo en ellos las entrevistas que pudo hacer el propio Braun. El riesgo de la falacia ecológica, lo tiene muy presente, pero lo asume con plena desenvoltura. Algunas de las atribuciones se muestran consistentes: fue precisamente Gaitán quien acuñó y puso a circular aquello de “la malicia indígena”, tan acendrado y empleado luego, que ha llegado a olvidarse ése origen. Gaitán el orador, la presenta como una virtud neta entonces. Toda una pincelada identitaria, hábil como tal, acuñada para la confrontación, como contraste neto con la pretendida prosapia hispana, blanca, de parte de las élites; y teniendo en cuenta el público, un recurso entonces de la mejor retórica. Habrá que decir eso sí, que en el curso de los años, con el uso, a eso de la “malicia indígena” se le han añadido otras significaciones, la mayoría de ellas peyorativas hoy por hoy, que en gran medida han desvirtuado la intención original. Hoy solo sirve para la caricatura.

La vieja discusión entre historiadores acerca del significado del populismo en Colombia, o mejor de si hubo o no populismo, y de las consecuencias de una u otra eventualidad, tendería a zanjarse con argumentaciones tan bien construidas al respecto como la de Braun. De un modo muy colombiano, con sus ribetes de sorna e ironía, apelando a los tiempos condicionales, además del participio y de la formulación paradójica: “*Si hubo un populismo, ése fue el liderado por Gaitán, pero no alcanzó a haber sido...*”

Respecto de la radio como nuevo medio de comunicación se han hecho análisis y estudios empíricos detallados sobre su impacto para otros casos, no obstante, y pese a la profusión de material empírico, para el caso colombiano esa investigación se ha contentado con mera difusión de las evidencias anecdóticas, en lo básico está por hacerse. Braun incursiona en el terreno, apelando a testimonios diversos, y sobre todo a los reflejos que van quedando de dicho impacto en los comentaristas de la prensa escrita. Editoriales quejumbrosos, como los de Calibán en EL Tiempo, que ven en el auge de la radio, la decadencia de la palabra escrita y por ende un genuino retroceso. (Nos llega a sorprender lo cíclico de ese *leitmotif* en una empresa editorial que pervive y crece porque ha llegado a actualizarse de manera oportuna) Llegado a este asunto, de los estilos comunicativos y de los tipos de audiencia que hacen posible los nuevos medios, se hace necesario interpretar la “Manifestación del Silencio” uno de los eventos en que con mayor virtuosismo Gaitán desplegó sus dotes oratorias e histriónicas, así como su instinto escenográfico. Esa Jornada del 7 de Febrero de 1948, fue del todo singular. Y un evento histórico, en el mejor sentido, cuyo impacto fue formidable, al decir de espectadores, pero también de observadores hostiles, y de todo tipo de analistas. Y Braun sale muy bien del paso, la interpretación que nos ofrece es lograda, convincente al máximo, la narración fluida, el ritmo, cinematográfico.

De allí damos paso a la funesta tarde del Viernes 9, comenzando por algunos de los hechos inmediatamente anteriores. Lo logrado del ritmo al que convinimos en denominar cinematográfico a falta de un apelativo mejor, se intensifica y atrapa y persuade al lector. Con tantas reconstrucciones que ha habido a estas alturas (incluida la de Alape) Braun hace lo suyo, no parece intimidado por el riesgo de deslizarse a la ficción, y construye un relato veraz, vívido y consistente. Relatos familiares debieron venir en su ayuda, narraciones de testigos oídas desde la infancia se pueden percibir, en datos y notas. También el esfuerzo arqueológico, la aptitud para dibujar la fisonomía de una ciudad que tanto cambió, entre otras cosas, a raíz del 9 de Abril. Eso sí, el esguince escatológico de la p.313, la descripción de las calles llenas de excrementos al final de esa jornada y la significación que les atribuye, es lamentable de lo puro tosca: “*La fuerza de la vida frente a un deseo de aniquilación*”: animalidad y falta de baños públicos, fue todo.

Llegamos así a los capítulos finales y a las conclusiones los hechos que siguieron a la muerte de Gaitán, el autismo de la dirigencia política liberal, su oportunismo luego, la lucha por el cadáver del tribuno, las disposiciones funerales, y el entierro mismo. La composición de lugar, como se la percibe, vuelve de modo muy ingenioso, al asunto de la disociación de lo público y lo privado, a la apresurada restauración de un orden perturbado por Gaitán, y da unas cuantas puntadas claves sobre la génesis de la Violencia, sobre las cuales tendremos que volver. Pocos han de recordar ya, por ejemplo, que Luis López de Mesa, sociólogo “amateur” es de los primeros en descalificar en los términos más severos al pueblo, en atribuirle sin más todos los excesos, y que es el primero que plantea, cuando todavía hay humo, y las cenizas están calientes, que la fecha ha significado de modo simple y escueto el retorno a la barbarie.

En el texto de Braun, muy bien escrito como dijimos, hay lapsus y contraevidencias, que hacen notoria una redacción lenta, o en etapas diversas, y extrapolaciones hechas en el texto por el propio autor: p. 407 (hablando de Gaitán) cuando afirma: “*Representaba el futuro de la vida pública, y por consiguiente la amenaza a la vida pública. Todos los colombianos lo recuerdan*” .... y luego, p. 416: “*Ya no son muchos los colombianos que saben de aquel líder que cayó asesinado en la carrera séptima con la calle catorce unos minutos después de la una de la tarde de un viernes hace más de medio siglo*”. Entonces qué, se pregunta uno: ¿lo recuerdan o no?

Colombiano de ascendencia alemana, con formación norteamericana, y desde su etapa de postgraduado haciendo carrera en el sistema universitario norteamericano, en más de un pasaje la simpatía por el líder popular, así como por el personaje central de su narrativa, el pueblo, lo llevan a Braun a ser grandilocuente. Desde nuestra perspectiva más prosaica el cultivo de un cierto tipo de expresión escrita y oral, de un cierto bien escribir didáctico, y de un bien decir indudable, cuando se trata de exposiciones orales- pero ambos en tono mayor- aparece en nuestro medio como una virtud de los historiadores de casi todas las generaciones, incluyendo las más recientes. (Hay algún historiador, vivo y actuante, muy productivo por cierto, que en ciertos momentos de efusión, lo he escuchado, se pone de pie y es capaz de espetarle a sus oyentes, y en latín, y no en plan jocosos, una parrafada del propio Cicerón sobre la Historia, y el oficio del historiador, a saber: *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magister vitae, nuntia vetustatis, qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?*. Una definición, que de seguro le gustaba a Gaitán, con su definida inclinación por el pasado romano). Braun es un ejemplo perfecto de esa narrativa, del propio concepto de narrativa histórica que emparenta al historiador con el literato de oficio, de esa búsqueda lograda de una expresión justa, pulida, de la puesta en ejecución de secretos de taller, y



aunque pensado y escrito en inglés, no cabe duda que además vigila la traducción, se entiende bien con los correctores de estilo.

El de Zalamea en cambio, aun cuando tiene ímpetus, buenos momentos, aciertos indudables, decae, en algunos pasajes el peso del adjetivo es determinante, vargasvillesco, siempre en detrimento del sustantivo. Pasajes declamatorios que además denotan falta de revisión, y junto con los problemas de secuencia, de orden cronológico, ya señalados, afectan el conjunto. Para cualquier lector la desconcentración de Zalamea como escritor es patente, y patente que su escrito declina. Después de un comienzo prometedor, del uso audaz de algunas metáforas de la física para dar al lector una idea del conjunto de circunstancias que concurren hacia la muerte de Gaitán, el relato es plano, se persuade uno de que como autor prometía más de lo que pudo cumplir. Solo deja de ver la tenacidad en algunas de sus antipatías, así como pone en evidencia los cambios en la valoración de algunos de los protagonistas de la historia, respecto de la que ha hecho en algunos de sus otros escritos. Alberto Lleras por ejemplo: es muy adverso el perfil que resulta de aquí, en contraste con lo que el propio Zalamea hizo de obituario, en 1990. Un historiador puede, claro, cambiar de un modo drástico la valoración de un personaje, pero a condición de que aporte las pruebas al canto. Que no es el caso.

Grandes son las diferencias de estos dos libros en cuanto a los supuestos, al tratamiento, así como a los referentes y pautas de interpretación a los que acuden. Pero cada uno a su manera contribuye a un mismo propósito: revivir el pasado, reconstruirlo de modo muy vívido, ayudar a comprender el hito histórico, el modo en que previamente a la fecha trágica se fue aclimatando la intolerancia política, y el modo en que se exacerbó a raíz del magnicidio, y de la espontánea reacción a él. Resultan pues útiles a un lector de hoy, a quienes pertenecen a una generación a la que los hechos de la mitad del siglo pasado van resultando ya tan distantes sin que dejen de padecer muchos de sus efectos.

Siendo tan disímiles, al leerlos en secuencia, uno tras otro, por el personaje central de los relatos, por las novedades documentales o interpretativas, el lector de hoy logra hacerse a una idea nítida de lo intenso de la frustración colectiva que produjo esa muerte, le es fácil trasladarse imaginativamente a aquellos días, en secuencia, con plasticidad, y así logra captar muy bien que si ha habido una fecha de la que se puede predicar que marcó un antes y un después, un hito histórico en su sentido más genuino, es la de la muerte de Gaitán, y que indica, sin más elocuciones, justo el momento en que la violencia política va a adquirir una intensidad, una intencionalidad y una persistencia que no se conocían.